

ESENCIA Y ESTRUCTURA DEL NACIONALSOCIALISMO¹

Por

Dr. Joseph Goebbels²

¹ Publicado en 1935 en la famosa colección Escritos de la Escuela superior Alemana de Política.

² Ministro de Esclarecimiento y Propaganda del III Reich.

Es imposible interpretar de manera totalmente abarcadora, en un compendio temporalmente limitado, la esencialidad del Nacionalsocialismo, ya que se trata del examen de un Movimiento y de una Idea que con ímpetu dinámico irrumpieron en la vida pública alemana, cambiando desde el fundamento todas las condiciones y relaciones de los seres humanos entre sí. A ello se agrega que el Nacionalsocialismo hoy aún no representa algo devenido, sino algo que está deviniendo, que está sometido a continuos cambios y transformaciones, y por este motivo no puede ser definido en su totalidad.

No queremos examinar el Nacionalsocialismo como fenómeno integral, sino esclarecer los conceptos básicos del pensar nacionalsocialista y exponer aquellos pilares racionales en los cuales descansa nuestro edificio ideológico, delimitarlos, y deducir de estos conceptos básicos no sólo la posibilidad, sino la necesidad de la realidad nacionalsocialista.

Como toda grande visión del mundo también el Nacionalsocialismo se apoya en pocos conceptos básicos, que poseen un hondo sentido interior.

La explicación simple de todos los errores fundamentales en los pasados 14 años de política alemana, reside en que nosotros, los alemanes, nunca nos confrontamos con nuestras cuestiones de destino ni como individuos ni como organización o partido. Es cierto que se discutía sobre conceptos, pero, desde el comienzo era imposible ponernos de acuerdo sobre los principios esenciales de nuestro pensar político, porque cada cual tomaba para sí el derecho de entender bajo ellos algo distinto. Lo que uno entendía por "democracia", el otro lo consideraba como "monarquía", uno decía "negro-blanco-rojo", el otro, "negro-rojo-oro", lo que uno conceptuaba como "autoridad estatal", el otro lo veía como "sistema parlamentario".

Sobre estos conceptos hemos discutido y nos hemos acalorado las cabezas. Si hace 14 años al comienzo de la controversia política uno se hubiese tomado el trabajo de esclarecer estas ideas políticas y constatar qué es lo que en realidad el individuo entendía por "democracia" o "monarquía", bajo "sistema" o "autoridad estatal", se hubiera hecho evidente que nosotros, los alemanes, si bien estábamos acordes en cuanto a los principios básicos, los designábamos, en cambio, con distintos nombres.

Ahora bien: el Nacionalsocialismo ha simplificado la forma de pensar del pueblo alemán y la ha retrotraído a sus primitivas fórmulas originarias.

El ha llevado nuevamente los en sí complicados procesos de la vida político-económica a su fórmula más simple. Esto sucedió en base a la natural reflexión de volver a aproximar a las anchas masas del pueblo a la vida política. Para encontrar comprensión en las masas populares ejercimos conscientemente una propaganda vinculada al pueblo. De esta manera hemos llevado a la calle realidades que anteriormente sólo eran accesibles a algunos especialistas y expertos, y las hemos martillado en el cerebro del hombre común, todas las cosas fueron expuestas tan sencillamente que incluso el intelecto más primitivo las pudo captar. Nos negamos a operar con conceptos borrosos, aguados y nebulosos, sino que dimos a todas las cosas un sentido claramente delimitado.

Aquí reside el misterio de nuestros éxitos. Los partidos burgueses, en su irreflexión, se sentían muy por encima de nuestro "culto a la primitividad", nos enjuiciaban con una arrogancia intelectual distinguida y llegaban a la errónea consecuencia de que ellos eran los hombres de Estado y nosotros los tambores. En el mejor de los casos nos consideraban como agitadores y paladines de la concepción del mundo burguesa. Pero nosotros nos habíamos planteado otros cometidos que conquistar tronos tambaleantes para dejarlos después de la decisión magnánimamente a los otros.

Como poseíamos la capacidad de ver y representar claramente los principios fundamentales de la situación alemana y de la vida comunitaria alemana, también tuvimos la fuerza de mover a las anchas masas de nuestro pueblo por estos principios y fórmulas originarias de la vida política recientemente percibidos. Este proceso puramente agitatorio no quedó sin consecuencias incisivas a nivel del poder político.

Yo veo en este éxito la premisa de un entendimiento político de los alemanes. Si no aplicamos en todas partes el mismo procedimiento de clarificación de los conceptos, todo acuerdo queda excluido. La primera necesidad de toda discusión política reside en esta delimitación de conceptos y en esta declaración de principios y es importante que del capítulo "Definición" se pueda vislumbrar sin dificultad la práctica política.

El que una vez reconoce claramente los conceptos básicos ve con asombro que de ellos resulta casi orgánica, natural y lógicamente la práctica política. Se le hace evidente adónde debe conducir la evolución política y que, por consiguiente, también el proceso que se desarrolló en Alemania a partir del comienzo de la Revolución Nacionalsocialista no puede ser considerado como terminado, sino que debe ser continuado, que en realidad recién puede encontrar su fin cuando en Alemania el modo de pensar nacionalsocialista haya renovado desde la base y llenado plenamente con su contenido la totalidad de la vida política y privada.

Se dice hoy en Alemania: "Hemos hecho una revolución". Pero los menos saben qué es lo que esta Revolución significa en detalle, lo que representa analizada dinámica, histórica y evolutivamente. Hasta hay connacionales que no quieren admitir siquiera que en Alemania ha tenido lugar una revolución.

¿Qué es esto de una "revolución"? Antes de producirse el vuelco nacionalsocialista se asociaba en general con el concepto de revolución, características que en realidad sólo tenían indirectamente algo que ver con el sentido primario de lo revolucionario. Bajo "revolución" uno se imaginaba un suceso político que con la ayuda de cualesquiera medios de poder se desarrolla sobre las barricadas y se dirige contra las leyes existentes. Se sabía sólo acerca del suceso visible, o sea el desposeimiento violento de una capa dominante y la conquista del Estado a través de un nuevo grupo de poder que procede con violencia. La realización invisible, sin embargo, significa algo muy distinto. A ella no pertenece de modo inseparable la idea de barricada, así como también de ninguna manera siempre debe ser la característica de una genuina revolución. Una revolución puede realizarse incruenta y legalmente, y es posible que un grupo de poder vaya a las barricadas sin tener el designio de una revolución. La revolución es un proceso dinámico que posee su propia legalidad y que tiene como meta trasladar su dinámica y su legalidad, hasta ahora privilegio de la oposición, a la legalidad estatal. Carece absolutamente de significación con que medios esto sucede. En la caracterización de una revolución el medio, violento o legal, no juega ningún rol. De esto la Revolución Alemana aporta la prueba clásica, porque ella fue realizada por vía legal bajo estricta observación de las leyes existentes y ha traído consigo, a pesar de ello, la más grande y profunda transformación espiritual, cultural, económica y social como jamás hubo en la historia mundial. Y ello es debido a una característica especial, a saber, que la Revolución Alemana ha sido hecha desde abajo y no desde arriba.

Existen revoluciones desde arriba y revoluciones desde abajo. Se distinguen menos por el ámbito de poder que conquistan que por la durabilidad con que pueden mantener este ámbito de poder. Una revolución desde arriba es inorgánica, y por lo común, será de escasa importancia histórica.

Una revolución desde abajo es orgánica y perdura durante siglos. Sin preparación espiritual es muy difícil, por no decir imposible, imponer a un pueblo desde arriba una nueva legalidad, por eso las revoluciones desde arriba casi siempre tienen sólo corta duración.

A la inversa sucede con las revoluciones desde abajo: su legalidad no es inventada por un pequeño grupo de hombres, arriba, en el escritorio y realizada compulsivamente, sino que ya ha sido vivida desde abajo, en el pueblo, y desarrollada hacia arriba. Si un pueblo no está preparado para una revolución, aunque un grupo revolucionario pueda conquistar el poder y tener la mejor meta delante de los ojos, no conservará durante mucho tiempo ese poder. Las revoluciones desde arriba generalmente se llevan a cabo con mucha rapidez. Un puñado de generales u hombres de Estado se alían, derrocan al régimen y se hacen cargo del poder. Las revoluciones desde abajo, crecen desde la profundidad, se desarrollan a partir de las más minúsculas células

Primigenias del pueblo, de 10 revolucionarios se hacen 100, de 1000, 10000 y en el momento en que la fuerza dinámica de la oposición revolucionaria es más potente que el aparato paulatinamente desamparado, la revolución ya está espiritualmente ganada. Con la conquista del poder y la unión con el aparato estatal se realiza, lo que vivimos en Alemania a partir del 30 de enero de 1933. No es la "revolución" en sí, sino la última parte de un acto revolucionario. En forma visible la legalidad, la mentalidad y la dinámica de la revolución ?crecida en decenios desde las profundas raíces de la fuerza popular- es trasladada al Estado.

Hemos vivido en Alemania el milagro: sin derramamiento de sangre y sin barricadas ni ametralladoras se realizó en el seno de nuestro pueblo de 60 millones, una revolución cuya dinámica propia no se detuvo en ninguna parte, que con soberana lógica y naturalidad ocupó todos los terrenos y cuya legalidad dominó todas las cosas. En el transcurso de los meses pasados los hombres de la Revolución fijaron el ritmo de las transformaciones. ¡El resultado es un Estado Nuevo!

Se realizó, en efecto, no otra cosa que la contraposición de la legalidad revolucionaria al Estado. Las autoridades nacionalsocialistas fueron a partir de entonces las autoridades del Estado, las leyes de la Revolución se convirtieron en las leyes estatales y el modo de pensar nacionalsocialista se extendió a la Nación entera. No hubo nada en Alemania que se hubiese podido sustraer a la progresión legal de este proceso histórico.

Jamás la Revolución se hubiera impuesto si solamente hubiera sido llevada por la intención usurpadora de un grupo de hombres, cuya conquista del poder se hubiera realizado sin el sentido interno de una idea. **¡CON LA REVOLUCIÓN NACIONALSOCIALISTA HA HECHO IRRUPCIÓN UNA VISIÓN DEL MUNDO!**

Una visión del mundo?Y esto es su característica más esencial- no tiene nada que ver con el saber. Un pobre y desconocido trabajador con escasos conocimientos puede defender una visión del mundo, mientras que de ninguna manera esto necesita ser el caso en un erudito profesor universitario, que domina soberanamente todos los campos del saber. La experiencia hasta enseña que cuanto mayor es el saber, frecuentemente tanto menor es el coraje de defender una visión del mundo. Una visión del mundo es una manera determinada de ver el mundo. Condición previa para ello es que este modo de ver se realice siempre bajo el mismo ángulo visual. El representante de una visión del mundo no aplica otra vara de medir a la economía que a la política y considera a la vida cultural en relación orgánica con lo social y a la política exterior en relación orgánica con la situación política interior. La visión del mundo significa observar a los seres humanos y a sus circunstancias con respecto al mundo, al Estado, a la economía, a la cultura y a la religión siempre desde el mismo ángulo visual. Este proceso no requiere un gran programa, sino que por lo general puede ser definido en una breve frase. Por cierto, es decisivo si esta sentencia es exacta o errónea. Si es exacta determinará la fortuna de un pueblo durante varios siglos o milenios, si es errónea, el sistema que surgió de ella bien pronto se desintegrará. Conforme a ello han transcurrido todas las grandes revoluciones de la historia. Jamás se halló al comienzo de una revolución un libro o un programa con su articulado, sino siempre sólo una consigna única, que colocaba toda la vida pública y privada a su sombra.

Así la gran dimensión de la doctrina moral y de la religión cristianas no ha sido, acaso, fijada por su maestro mismo. Cristo sólo aclaró el concepto básico del amor al prójimo, todo lo demás es la obra de los Padres de la Iglesia. El amor al prójimo era tan

diametralmente opuesto a los conceptos del mundo antiguo, que entre estos dos polos no era posible entendimiento alguno y, bien el mundo antiguo eliminaba la doctrina cristiana o el Cristianismo a la Antigüedad.

Los revolucionarios no tienen la intención de quedarse atascados en la teoría, sino que avanzan desde la teoría a la acción y ven tan claramente la evolución, que huelga toda discusión sobre la realización de sus consignas.

De la misma manera que las doctrinas de la Revolución Cristiana y de la francesa, se harán realidad las consignas de la Revolución Nacionalsocialista.

Antes se mofaba el mundo burgués en Alemania: "El programa del Nacionalsocialismo significa carencia de programa". Nosotros, los nacionalsocialistas, en cambio, no nos sentimos padres de la Iglesia, sino agitadores y adalides de nuestra doctrina. No teníamos la intención de fundamentar científicamente nuestra visión del mundo, sino de realizar su doctrina, quedando reservado a los tiempos ulteriores el declarar valedera la práctica como objeto de cognición de la idea. Jamás debe ser el cometido de juristas determinar las formas de vida de un pueblo. Las constituciones que se hacen sobre el papel nunca darán al pueblo la constitución.

La naturaleza pasa por encima de la ciencia y plasma su propia vida. ¡Así sucedió también con la Revolución Nacionalsocialista!

Poco antes de nuestra asunción al poder la ciencia trató de probar que éste o aquél suceso revolucionario no concordaba con las leyes vigentes y no se tuvo empacho en llevar las controversias político-estatales a la Suprema Corte de Justicia. Entonces sólo hemos sonreído, porque mientras la ciencia afirmaba que así no debía ser como era, las cosas hacía rato que ya se habían impuesto. La ciencia sólo tiene el derecho de extraer de las circunstancias existentes una nueva legalidad y por eso la situación generada por la transposición de nuestra legalidad revolucionaria nacionalsocialista al estado, ES LA LEY.

Ella representa en nuevo estado normal para el pueblo y se sustrae a la crítica científica. La revolución se ha convertido en realidad y sólo reaccionarios y dementes pueden creer que cualquier cosa de todo aquello a lo que damos forma podría volver a quedar como antes.

El Nacionalsocialismo está ahora pronto a estabilizar lentamente el nuevo Estado de derecho revolucionariamente formado en Alemania. El se diferencia fundamentalmente de la vieja legalidad y se sustrae también a las posibilidades de crítica que el mismo pudo aplicar en el viejo sistema. Si la democracia nos concedió en tiempos de la oposición métodos democráticos, ello ciertamente debía suceder en un sistema democrático. Pero nosotros, los nacionalsocialistas, nunca afirmamos ser representantes de un punto de vista democrático, sino que hemos declarado francamente que sólo nos servíamos de los métodos democráticos para ganar el poder y que después de la conquista del poder denegaríamos desconsideradamente a nuestros adversarios todos los medios que en tiempos de la oposición se nos habían concedido. A pesar de ello, podemos declarar que nuestro Gobierno corresponde a las leyes de una democracia ennoblecida.

Nosotros hemos sido los soberanos maestros de la crítica y hoy nos podemos colocar unánimemente en el punto de vista del derecho a la crítica. Sólo con una diferencia: el derecho a la crítica, si ha de tener un sentido y no representa una insensatez democrática, para beneficio de un pueblo, que ciertamente debe estar por encima de todas las cosas de la política, sólo puede ser concebido siempre al más inteligente sobre el más tonto y nunca a la inversa. Por consiguiente, sólo queda por traer la prueba de que nosotros, los nacionalsocialistas, durante la oposición aparentemente fuimos los más inteligentes.

El adversario estaba en posesión del poder, del Ejército, de la Policía, del aparato de funcionarios públicos, del dinero, de los partidos y de la mayoría parlamentaria, dominaba la opinión pública, la prensa, la radiodifusión, en resumen, todo lo que se puede reunir bajo el concepto general de "poder". Ahora bien: si sólo con el derecho de crítica a un pequeño grupo que comenzó con siete hombres le fue posible en 14 años disputar al adversario este derecho junto con el poder, entonces aparece como incuestionable quien era más inteligente. Si el lado opositor hubiera sido más inteligente, con una distribución en tal forma desigual de los medios de éxito hubiera debido encontrar vías y posibilidades para impedirnos su desposesión. Esto no ocurrió, al contrario, porque si bien logró detener la realización orgánica de la revolución durante un cierto tiempo, no obstante, la nueva legalidad se llevó la victoria.

Cuando la revolución Alemana se puso de manifiesto en forma visible el 30 de enero de 1933 y el Movimiento Nacionalsocialista se desposó con el poder, casi tenía la apariencia de que recién ese día había estallado. Pero efectivamente había comenzado mucho antes, quizás ya con el estallido de la guerra y con la firma del Tratado de Versalles. Ejerció su efecto en el curso de los años, reclutó adeptos, estructuró la vida comunitaria de sus seguidores, creó nuevas autoridades, nuevas formas de existencia, nuevos modos de apreciación y un nuevo estilo, que trasladó en el día de la conquista del poder al Nuevo Estado.

El 1 de agosto de 1914 es visto, históricamente, el punto de cisura, y ya entonces debió resultar claro para toda persona que pensaba a nivel histórico: "Dónde hoy terminamos no podemos volver a empezar después de la Gran Guerra". Nueve millones de hombres alemanes pasaron los más terribles sufrimientos corporales y anímicos, atravesaron todos los infiernos y purgatorios del dolor, de la pena, del renunciamiento y de la depresión humanos. Para ellos era imposible volver a empezar donde cuatro años atrás habían terminado. No, estos hombres trajeron consigo de las trincheras un nuevo modo de pensar. Ellos habían vivido en los terribles apremios y peligros una nueva especie de comunidad que en tiempos de bonanza nunca les hubiera podido ser deparada. Habían llegado a conocer la igualdad soberana de la muerte y poseído la vivencia de que en último término sólo quedan firmes los valores del carácter. Ahí no tenía importancia la posesión, la instrucción o un apellido noble, ninguna diferencia guiaba las balas en su curso, que en eterna igualdad segaban lo alto y lo bajo, lo pobre y lo rico, lo grande y lo pequeño. Entre los hombres quedaba una única diferencia: el valor personal. El uniforme no podía nunca nivelar cuando uno era valiente y el otro cobarde, cuando uno se acreditaba como hombre y arriesgaba su vida, mientras el otro trataba de escabullirse. Era lógico y natural que de las trincheras fuera traspasada a la Patria y que los viejos "hombres de Estado", que se habían quedado en casa y no sentían el menor hálito de esta nueva postura, se alzasen contra ella. Pero era sólo una cuestión de tiempo para que según la ley de la fuerza, los más jóvenes, los más duros y los más valientes venciesen sobre los más viejos y los más cobardes.

Los nueve millones de soldados alemanes del frente sabían lo resquebrajado de aquél régimen que con empeño de su vida defendían en aras de la Nación. Ellos habían participado de la vivencia de cómo todo el mundo se alzó contra Alemania, reconociendo que únicamente con el empeño de toda las fuerzas esta amenaza podría

ser apartada. Se hizo evidente que también el más pobre connacional se pronunciaba por su Nación, pese a que como posesión nunca la había sentido. No sabía nada de los valores culturales de su país, en el mejor de los casos conocía sólo de oídas los nombres de Wagner, Beethoven, Mozart, Goethe, Kant o Schopenauer. Hubiera tenido derecho a decir: "a mi las minas y los filones metalíferos no me importan absolutamente nada, porque es de presumir que para mí será del todo indiferente si trabajo con un propietario Alemán o con uno Francés". Y, sin embargo, fue el caso que estos hombres se empeñaban por un ideal que en sus grandes lineamientos ni siquiera conocían. Cuando luego vino la más dura prueba de resistencia, millones abandonaron nuevamente este ideal por desconocimiento y debilidad. Pero nosotros no éramos un Estado popular, porque el crece en los peligros. Un pueblo jamás abandonará su propio Estado.

La evolución contraria pasó en el Movimiento Nacionalsocialista. Durante las crisis nunca se desprendieron los partidarios, sino siempre solamente los adherentes y electores del Movimiento. El partidario, en cambio, se hacía tanto más rabioso y activo para volver a reparar la mella. Así también ha de suceder en un pueblo que permanece claramente consciente del valor y de la posesión del Estado popular. Si los hombres que afuera empeñaban su vida hubiesen tenido una idea de la grandeza, del valor y del rendimiento del país que defendían, jamás hubieran permitido que este país en una hora decisiva pasase, mediante el engaño, a manos de altos estafadores políticos y negociantes. Se hubiesen resistido a ello con fanático celo y jamás hubieran sufrido que los terribles sacrificios ofrecidos en los frentes fueran perdidos y desperdiciados en un solo día.

Nosotros, los alemanes, no éramos antes un pueblo mundial y por este motivo tampoco ejercíamos una política mundial. Al estallar la guerra estaba a la cabeza de la Nación un hombre que era tan mal filósofo como estadista. Más tarde no se aprendió de las fallas de este hombre, antes bien, los hombres de Estado alemanes se hicieron no más jóvenes, sino más viejos, mientras que en el lado adversario ocurrió lo contrario. Allí estaban verdaderos hombres al timón, brutales hombres poderosos, que no se hallaban cargados con el peso de ninguna especie de sentimentalismo sino que eran desconsiderados en el aprovechamiento de los medios de poder del Estado. No hicieron deliberar durante semanas a sus parlamentos sobre si un marinero rebelde podía ser fusilado, sino que tuvieron los nervios de fusilar a los culpables. Nosotros, los alemanes, hemos ganado brillantemente la guerra en el aspecto militar, pero la hemos perdido en lo político en

toda la línea. No teníamos una meta en la guerra y no ejercíamos una política mundial. Por un alborotado entrevero de metas bélicas el proletario debía empeñar su vida. Y así sucedió que nuestro frente cedió, nuestro pueblo se quebró y el concepto de estado popular no tuvo persistencia ante la dureza de la evolución histórica, después de una guerra conducida heroica y valientemente debió irrumpir la terrible catástrofe. Los rectos, los mejores, los patriotas alemanes de la acción en las grises semanas de noviembre desesperaron del futuro de su pueblo, y muchos de ellos sucumbieron.

Hoy vemos distinto las cosas. Reconocemos la vinculación orgánica y la conveniencia de esta evolución y comprendemos las proféticas palabras de Moeller van den Bruck: "¡Debimos perder la guerra para ganar la Revolución!" . si partimos del concepto de que la guerra ya representaba una parte de la Revolución, que si bien no alteró la situación ejerció su efecto en los hombres, llegamos a la conclusión: debimos perder la primera parte de la Revolución para tomar conciencia de nosotros mismos en el segundo, tercero y cuarto acto, y para finalmente, a pesar de todo, vencer!

Después de finalizar la guerra la parte adversaria había inventado para Alemania un Tratado de Paz que con sutil refinamiento tenía la finalidad de aniquilar la nación de los alemanes y borrarla definitivamente de la lista de las potencias mundiales. Esto los partidos del sistema de Weimar nunca lo reconocieron. Hace tan sólo pocos años hasta la prensa burguesa de Alemania se espantaba ante la palabra "tributo" y se defendía la opinión de que ya la simple mención del Pacto de Oprobio de Versalles, sólo servía

Para envenenar la relación con "naciones aliadas en amistad". Nosotros, los nacionalsocialistas, en tarea que se extendió durante años pusimos en claro a nuestro pueblo acerca de la complicada realidad de los métodos de esclavización adversarios. Hoy todo escolar conoce en Alemania las terribles consecuencias de Versalles y ya no hay ningún alemán que no vea claro respecto a la transcendencia del Convenio Tributario. Pero todavía hace 15 años el Canciller alemán del Reich amotinado, pudo presentarse ante la Nación y a la vista de este Tratado de Oprobio acuñó la expresión: "¡ El pueblo Alemán ha vencido en toda la línea!" ¡Qué transformación se ha efectuado en estos 15 años de lucha! En efecto, se puede decir: los pueblos no son siempre los mismos, en ellos están todas las predisposiciones para el bien o para el mal y siempre depende de sus conducciones si las naciones se deciden por lo bueno o por lo malo! El pueblo alemán de hoy no debe ser comparado con el de 1918, así como tampoco las

masas de 1918 pueden ponerse en parangón con la Nación de 1914: aquí se trata de mentalidades absolutamente distintas, de un modo de pensar diferente, de un nuevo sentido de comunidad y de otra solidaridad interior.

Hemos descripto los métodos de la conquista del poder y expuesto las raíces de nuestro ser. Es necesario aclarar ahora todavía algunos conceptos básicos que han de abrirnos paso para la última comprensión del mundo de ideas nacionalsocialista. Hoy se oye a menudo decir: "¡El Nacionalsocialismo quiere el Estado total!" Aquí reside un gran error, porque el Nacionalsocialismo aspira no a la totalidad del estado, sino a la totalidad de la idea. Esto significa la realización integral de aquella visión por la que se ha luchado en el último decenio y que hemos llevado a la victoria. Tiene su aplicación en la totalidad de la vida pública de la Nación y tampoco se detiene ante los terrenos de la economía, la cultura o la religión. En Alemania ya no puede haber ningún establecimiento de relaciones (*Verhältnissetzung*) que no corresponda al ángulo visual nacionalsocialista.

A menudo se sostiene la opinión de que el Movimiento Nacionalsocialista será presa de la disolución porque posee el poder y ha aniquilado a todos los restantes partidos. Como argumento para este enfoque se dice que, por cierto, hoy "todos somos nacionalsocialistas". ¡Esto no es exacto! Aunque todo un pueblo pueda pensar milicianamente, no por ello renuncia a su Ejército como plantel propiamente dicho de postura militar. Sólo en caso de excepción todo el pueblo es soldado, pero por regla general es la prerrogativa de una minoría selecta.

Otro ejemplo: un intendente de teatro tiene gran interés en que la mayor cantidad posible de personas visiten su teatro. Pero no es posible que todo concurrente al teatro suba al escenario a suplir al actor. Este derecho no puede ser adquirido ni por la más asidua concurrencia al teatro; la entrada a la pequeña jerarquía de interpretes artísticos debe ser conquistada en ardua labor.

No cada cual puede ponerse el manto de héroe o ¿visto políticamente- adherirse el distintivo partidario y declarar que es un auténtico nacionalsocialista. Si un laico se pone una toga, dista mucho aún de ser un gran trágico. Por el contrario, al gran trágico se le reconoce

también sin toga y el dilettante solo se pone la toga porque carece del talento para ser trágico. Así también EL PARTIDO SIEMPRE DEBE SEGUIR SIENDO LA JERARQUÍA DE LA CONDUCCIÓN NACIONALSOCIALISTA. Siempre y constantemente su minoría debe exigir la prerrogativa de la conducción estatal. Ella tiene la obligación de mantener abierto el camino a la juventud alemana que quiere incorporarse a su jerarquía. Pero más allá de ello, su jerarquía tiene menos prerrogativas que obligaciones. Ella es responsable de la conducción del Estado y alivia al pueblo de esa responsabilidad. Ella tiene la obligación de conducir su Estado para bien y en provecho general de la Nación.

Cometeríamos un error de graves consecuencias si colocásemos el Movimiento Nacionalsocialista al mismo nivel en el que estaban antes los partidos burgueses y marxistas. A partir de sus más pequeños comienzos el Nacionalsocialismo se propuso la meta de destruir a todos los otros partidos y de sustraer a los seres humanos a sus influencias encostradas. Por eso hoy no se puede modificar nada en las premisas programáticas más esenciales del Movimiento Nacionalsocialista. Su mirada al futuro permanece clara e inequívocamente en la estructuración de sus propios contenidos programáticos, EL SE APOYA SOBRE LOS INTRANSIGENTES Y NO DEPENDE DEL CARÁCTER CAMBIANTE Y OSCILANTE DE LA MASA.

En muchos casos llega a nosotros, los nacionalsocialistas, la secreta propuesta de modificar esta o aquella terminología de nuestro Programa. Se dice: "¿Por qué os llamaís socialistas? ¡Social, en realidad, es enteramente suficiente! ¡En este último término somos, pues, todos sociales! Quitad pues, esta palabra hiriente y entonces habría completo acuerdo." No, eso no lo podemos hacer nosotros, los nacionalsocialistas, porque es algo fundamentalmente distinto si mi postura es "social" o "socialista", si nuestra postura es "nacional" o "nacionalista". Al concepto de "nacional" casi siempre la palabrita "también", y esto es lo decisivo. Aquí se separan 2 mundos. Para el nacionalsocialista, empero, lo que el otro enfatiza como característica de su posición "nacional" es completamente insignificante. Para él no valen las exterioridades, sino que se ha consagrado con carne y sangre, con cuerpo y alma a su pueblo.

Nunca el genuino nacionalsocialista pronunciará la frase hueca: "es dulce y decoroso morir por la Patria." Para ello es demasiado honesto y le repugna degradar su

permanente disposición a la entrega con la frase chacharera en el parquet del público pequeño burgués.

Lo mismo vale para el concepto de socialismo. "¡Yo soy social!" Esto lo dice generalmente un director de banco, un síndico, un dueño de fábrica o un funcionario de elevada posición. Ellos quieren instalar hospitales y reformatorios para ayudar a los pobres seres humanos; admiten que así no se puede continuar y que algo debe ser cambiado. El socialista está por encima de esto. Él está en el punto de vista: "todos nosotros debemos llegar a ser un pueblo, para que la Nación pueda salir airosa de la prueba.

Cualquier sacrificio es justo para esta transformación en pueblo. Yo pertenezco a mi pueblo en los buenos y en los malos días y llevo con él, alegría y dolor. No conozco clases, sino que me siento obligado única y exclusivamente a la Nación!"

El Nacionalsocialismo no piensa en lo más mínimo en una nivelación del pueblo alemán y reconoce todo rendimiento que destaca al ser humano de la multitud de sus contemporáneos. Pero, en el fondo todos somos iguales ante la muerte, ante el peligro y ante la prueba, y a esta igualdad también queremos darle expresión cuando nos profesamos los unos por los otros y jamás permitimos que entre nosotros se abra un abismo; porque cuando alguna vez lleguen los tiempos del peligro nuestro pueblo dependerá de su solidaridad interior.

Desde este ángulo debe también ser considerada la muy discutida cuestión judía. También en este caso no tiene importancia el sacrificio individual, sino única y exclusivamene el bien de la Nación.

Nosotros, los nacionalsocialistas, estamos desde hace un año y medio en el poder. Al hacernos cargo del gobierno pusimos como condición al pueblo alemán un tiempo de reconstrucción de 4 años. Más de un cuarto de este tiempo ha transcurrido y nadie podrá afirmar que ha pasado desaprovechado. Ciertamente, se nos puede enrostrar con mucha malevolencia y dialéctica, cuánto aún no está hecho. Pero nosotros podemos afirmar con orgullo que en nuestro Estado se ha rendido lo humanamente posible. No hemos vaticinado milagros, y por lo tanto, nadie debía esperar milagros. Desconsidera y continuamente hemos intentado terminar con los males de la época y sus efectos. Nosotros, los nacionalsocialistas, hemos solucionado en Alemania problemas que eran

considerados como insolubles: el problema de la reforma del Reich, el reordenamiento de los estamentos, la discordia partidaria y la creación de la unidad del pueblo en el aspecto político, espiritual e ideológico. Nuestro gobierno ha hecho que se librase una lucha exitosa contra el desempleo como jamás sucedió en el viejo sistema. El atacó con inaudito coraje la penuria invernal y también continuará en el futuro con obsesión la lucha contra la terrible enfermedad de la época: la desocupación.

Durante el pasado año el pueblo alemán ha recibido, a través de la experiencia, una enseñanza respecto al Nacionalsocialismo como mejor no se hubiera podido desear. El que antes se nos enfrentaba con enemistad y escepticismo ha ganado hoy la convicción de que con honesta voluntad nos hemos abocado exitosamente a la solución de los más graves problemas. ¡Mucho queda aún por hacer! Caminamos con potencia juvenil hacia el porvenir, y el pueblo alemán a pesar de penas y miseria no tiene motivo para desesperar, porque está parado ya hoy nuevamente en el suelo de su propia fuerza.

"ALEMANIA NO SE HUNDIRÁ SI TENEMOS EL CORAJE DE SER MÁS FUERTES QUE LA PENURIA QUE HA TODOS NOS HA ECHADO POR TIERRA!"